Cyber Humanitatis
N°48 (Primavera 2008)

Creación

Reflotando odiosidades Compromiso y denuncia en las crónicas de Pedro Lemebel

Ángeles Mateo del Pino

Pedro Lemebel: Testigo

Pedro Lemebel (Chile, 1954), escritor y artista visual, es una de las voces más originales y críticas del panorama cultural chileno de los últimos tiempos. Su trabajo creativo comienza a darse a conocer en la década del 80, destacando, especialmente, por haber fundado en 1987, junto a Francisco Casas, el Colectivo de Arte "Yeguas del Apocalipsis", por medio del cual desarrolla un extenso trabajo plástico en fotografía, video, *perfomance* e instalación. Una buena prueba de ello son las numerosas imágenes que, a manera de concepto visual, ilustran fotográficamente las portadas de sus libros.

Por los mismos años se inicia también en la escritura. Su producción literaria abarca varios registros, desde el cuento -*Incontables* (1986)[2]- a la novela -*Tengo miedo torero* (2001)[3]-, pasando por la crónica, aunque sin duda este último género es el que le ha resultado más productivo y la crítica ha valorado más. Su obra cronística figura recogida en los siguientes volúmenes: *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*(1995), *Loco afán. Crónicas de Sidario* (1996), *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales* (1998), *Zanjón de la Aguada* (2003) y *Adiós Mariquita linda* (2004)[4]. Sin embargo, debemos destacar que, como cronista, ha colaborado en diversos medios de comunicación, tanto en revistas como en periódicos nacionales y extranjeros. En este sentido cabe citar su participación en los diarios *La Nación* y *The Clinic*, y en las revistas*Página Abierta*, de la que además ha sido editor, *Punto Final* y *Revista de Crítica Cultural* de Santiago de Chile. Igualmente importante ha sido su labor en el programa de crónicas "Cancionero" en la Radio Tierra de Santiago. Ambos espacios han propiciado la circulación y difusión masiva de sus textos.

Arte y escritura no pueden entenderse, en el caso de Pedro Lemebel, si no hacemos referencia a su compromiso -social, sexual y político- por la diferencia, junto a una postura crítica que lo lleva siempre a denunciar y atentar contra el orden "establecido". De esta manera no es de extrañar sus manifestaciones públicas en diversos actos políticos de la izquierda, ni tampoco sus intervenciones en Coloquios, Conferencias y Seminarios nacionales e internacionales. Dicha actitud es la que le ha valido para ser invitado al Festival Stonewall (New York, 1994) y a la Conferencia "Crossing National and Sexual Borders, Latin America Lesbian, Gay, Bisexual and Transgender" (New York,

1996), entre otros. Así mismo, su reconocimiento viene avalado por los numerosos premios obtenidos, entre los que se debe mencionar las becas del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Fondo Nacional de la Cultura y las Artes Chilenas -FONDART- (1994, 1996), y de la Fundación Guggenheim (1999).

Todo ello ha contribuido a que este autor ocupe por méritos propios un lugar privilegiado en el ámbito cultural de nuestros días, tal como certeramente apunta Carlos Monsiváis:

Pedro Lemebel es un fenómeno de la literatura latinoamericana de este tiempo. Uso el término *fenómeno* en su doble acepción: es un escritor original y un prosista notable y, para sus lectores, es un *freak*, alguien que llama la atención desde el aspecto y rechaza la normalización ofrecida. Un escritor y un freak, indisolublemente unidos, [de] los que están fuera, en la desolación y la energía de los que sólo se integran *a su modo*, en los márgenes que ya no tienen el peso arrasador de antaño[5].

El delito de olvidar: *De perlas y cicatrices*

La constelación del "delito" en literatura no sólo nos sirve para marcar líneas y tiempos, sino que nos lleva a leer en las ficciones la correlación tensa y contradictoria de los sujetos, las creencias, la cultura, y el estado. Y en una cantidad de tiempos, porque las creencias culturales no son sincrónicas con la división estatal, sino que arrastran estadios o temporalidades anteriores y a veces arcaicas.

Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual* (1999).

Si pudiera leerse este texto acompañado de una melodía de fondo propondríamos, para empezar, el tango "La última curda" (1956), letra de Cátulo Castillo y música de Aníbal Troilo [6]. De esta forma podría entenderse ciertamente que comenzáramos diciendo aquello de... *un poco de recuerdo y sinsabor gotea el rezongo*, que Pedro Lemebel nos ofrece bajo el retazo escritural de sus crónicas. Recuerdo y sinsabor son dos palabras claves a la hora de enfrentarnos a la producción textual de este autor, pero tal vez adquieran mayor significación o un sentido más vigente si nos detenemos a analizar su obra *De perlas* y *cicatrices* (1998)[7].

Portada de ***De Perlas y cicatrices***, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 1998.

No resulta gratuito -nada en Pedro Lemebel lo es- que este escritor haya elegido para “enmarcar” y “subrayar” estas crónicas la imagen, tan poética como efectiva, de *perlas* y*cicatrices*. Porque si algo logra este título es el de ponernos sobre aviso o prepararnos para enfrentar una escritura que, basada en la experiencia personal, se configura en un “collar-herida” que va dando cuenta de la historia reciente de Chile. Aviso que se ve reforzado por la *perfomance* que nos regala Pedro Lemebel como foto de portada[8], en la que sobre un torso desnudo y rasurado se muestra una serie de maquinillas de afeitar engarzadas como adorno puesto alrededor del cuello. De esta manera lo “utilitario” y “peligroso” se ve transformado en elemento meramente decorativo. Pero, aun cuando este ornamento sea capaz de transmitir por sí solo una suerte de desconcierto, la desazón se ve incrementada por esa sola boca cerrada que corona la gargantilla y que funciona como contrapunto al decir de las maquinillas... Pero entonces cabe esperar, como así lo hará, que Pedro Lemebel abra su boca y vaya desgranando una a una las cuentas de ese collar para arremeter, crónica en mano, contra todos aquellos que han hecho con sus “perlas” un rosario de cicatrices para otros.

Esta es la historia que nos presenta Pedro Lemebel. Una historia llena de pequeñas historietas, de recuerdos, de vivencias y anécdotas cotidianas, que se suman hasta formar un entramado más complejo, un cuerpo social que es cifra de una cultura, un tiempo, un espacio... Tras las huellas de personajes y situaciones se va configurando un sujeto colectivo que es el Chile actual. Un Chile que aún se duele de las heridas de un pasado que no ha terminado de supurar, aun cuando ya se haya conmemorado el trigésimo aniversario del golpe de Estado contra Salvador Allende, acaecido el 11 de septiembre de 1973. Si, como decía Carlos Gardel, “veinte años no es nada”, al parecer tres décadas tampoco resultan una garantía para el olvido. Porque sin duda es verdad eso de que “el tiempo pasa y nos vamos haciendo viejos” -susurra melódico Pablo

Milanés-, pero no lo es menos aquello que poetizara Antonio Machado, “Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar”. Pasar y quedar, que NO OLVIDAR. De este modo, estas crónicas devienen estrategia discursiva a través de la cual Pedro Lemebel fuerza a recordar y para ello hurga en esa cicatriz abierta que sigue siendo el Chile de nuestros días. Escritura que acaso cartografía algunos mapas de ese largo país con *una loca geografía*, tal como lo describiera Benjamín Subercaseaux[9], o parte de ese “cuerpo” o “bulto patrio”, como lo denominara Gabriela Mistral[10]. Pero lo que nunca pretende es devolvernos esa otra visión idílica que convierte a Chile en “la copia feliz del Edén”[11]. Por tanto, el itinerario que marca Pedro Lemebel es más bien un recorrido por el dolor, una incursión por las lastimaduras, con el único objetivo de renovar las llagas de ese pasado-presente que abarca las tres últimas décadas, a expensas de que con ello se levanten las costras que algunos se han empeñado en ocultar. Sin duda es una forma diferente de aludir a las señas de identidad chilena; esa otra “chilenidad” que no pasa por hacer del cronista un amable “contador de patria”. En este sentido, nos parece oportuno traer a colación la elocuente reflexión que, a propósito de esos “contadores”, hiciera Gabriela Mistral:

Pero, ¿dónde iríamos a parar si viviésemos atollados en el plasma oleaginoso de la complacencia o si acabásemos por asfixiarnos, embetunados en la glosura pegajosa que es la autoadulación patriotera? [...] la pasión patria es una terrible presión ejercida por algunos a fin de que la calidad salte de un territorio y de una raza[12].

Lejos quedan, pues, estas crónicas de la festiva y facilona “autoadulación patriotera”, porque si algo caracteriza el registro literario de Pedro Lemebel es el carácter ácido, a la vez que apasionado, de una escritura que se resiste constantemente a ese “blanqueo de Chile” que, como advierte Tomás Moulian, se materializa en la “compulsión al olvido” y el “bloqueo de la memoria”. De esta manera, nuestro escritor, desoyendo esa “necesidad socialmente modelada [que] no encuentra con frecuencia las palabras”[13], elabora un discurso que, en vez de restarle sentido al pasado, indaga en él para llamar a las cosas -y a las personas- por sus propios nombres.

Por todo ello, *De perlas y cicatrices* se erige en la constatación de un “delito”, el delito que conlleva implícito el olvido, porque será precisamente la fragilidad de la memoria la que imposibilite la integración del pasado y el presente chilenos. Éste es, pues, el instrumento crítico del que se vale Pedro Lemebel para trazar límites, para diferenciar, pero, sobre todo, para remarcar lo que la historia y la cultura chilenas han excluido. Así, parafraseando lo apuntado anteriormente por Josefina Ludmer, estas crónicas se convierten en un “cuerpo del delito”, huellas de un pasado a través de las cuales podemos “leer” la correlación tensa y contradictoria de sujetos, creencias, cultura y estado[14]. La suma de todas estas relaciones deviene identidad, claro exponente de que lo que queda es parte de lo que ha sobrevivido, pero también de lo que ha quedado relegado al olvido. No resulta extraño, por tanto, que en una entrevista que se le hiciera a Pedro

Lemebel, justo en el momento en el que se encontraba elaborando *De perlas y cicatrices*, manifestara que este libro “tiende a reflotar [esas] odiosidades, tiende a refrescar la memoria”[15]. Objetivo que se materializa desde las primeras páginas de esta obra:

Este libro viene de un proceso, juicio público y gargajeado Nuremberg a personajes compinches del horror. Para ellos techo de vidrio, trizado por el develaje póstumo de su oportunista silencio, homenajes tardíos a otros, quizás todavía húmedos en la vejación de sus costras. Retratos, atmósferas, paisajes, perlas y cicatrices que eslabonan la reciente memoria, aún recuperable, todavía entumida en la concha caricia de su tibia garra testimonial[16].

Estrategias de escritura

Con esta finalidad, la de recordar, pero también denunciar, descubrir y reparar, Pedro Lemebel se aprovecha, una vez más, de la riqueza discursiva que le ofrece el género de la crónica. Una escritura que, al traspasar constantemente las tradicionales fronteras genéricas, escapa a cualquier definición unívoca; de ahí que se la haya denominado híbrida, mestiza, bastarda o permeable, pues en ella caben los más diversos registros[17]. Pero dejemos que sea el propio Pedro Lemebel el que nos ofrezca su particular visión:

Yo digo crónica por decir algo, quizás porque no quiero enmarcar o alambrar mis retazos escriturales con una receta que pueda inmovilizar mi pluma o signarla en alguna categoría literaria. Puedo tratar de definir lo que hago como un calidoscopio oscilante, donde caben todos los géneros o subgéneros que posibiliten una estrategia de escritura, así la biografía, la carta, el testimonio, la canción popular, la oralidad, etc. Creo que escogí esta escritura por las distintas posibilidades que me ofrece o que puedo inventar, para decirlo en lenguaje travesti es como tener el ropero de Lady D. en el computador[18].

En lo que concierne precisamente a la estrategia de escritura, nos parece particularmente interesante detenernos a analizar la reivindicación de la oralidad que se hace patente en*De perlas y cicatrices*, máxime cuando esta obra se presenta como una selección de textos que volaron en el espacio “Cancionero” de la emisora Radio Tierra: “un micro programa de diez minutos, dos veces al día, de lunes a viernes, donde este puñado de crónicas se hicieron públicas en el goteo oral de su musicalizado relato”[19], tal como informa Pedro Lemebel a modo de presentación. Cabría pensar que estas crónicas radiales, al verse transformadas en *documentación letrada*, pudieran perder ese*espectro melódico*, ese sonido ambiental que, como *discoteca memorial*, las acompañó siempre en su aéreo transitar. Sin embargo, he ahí uno de sus grandes aciertos estilísticos: Pedro Lemebel consigue que la melodía se deje oír a través de las líneas. Así, cada crónica tiene una música propia que se aviene bien con el ritmo de lo que cuenta. Al compás de boleros, valses peruanos y vieneses, twist, rock and roll, baladas pop, cumbias, mambos, marchas militares, cuecas... se va

reconstruyendo también la memoria musical de un país y de unas épocas. De esta forma, por las páginas de *De perlas y cicatrices* desfilan cantantes y grupos que alguna vez formaron parte del mismo entramado social, y que ahora, actualizados como telón de fondo, se convierten en el recuerdo sonoro que nos regala Pedro Lemebel. Testimonio musical que nos devuelve a Lucho Barrios, Lorenzo Valderrama, Palmenia Pizarro, Zalo Reyes -"el Gorrión de Conchalí"-, Miriam Hernández, Fresia Soto, Raúl Show Moreno, Los Prisioneros, Dean Reed -Din Rin-, Joan Manuel Serrat..., aunque también adivinamos el susurro de Pat Henry, la Simonetti, la Maldonado, el Zabaleta, los Quincheros, la Nueva Ola -Sergio Inostroza-, el neo-folclore -Víctor, el Quila, Rolando-, Los Tres, Los Profetas, Frenéticos, Paquita la del Barrio, Chavela Vargas... y tantos otros cuyos ecos, al parecer, resuenan desde lejos.

Pero son también "melodía" o letra musical esos epígrafes bajo los cuales Pedro Lemebel agrupa sus textos. Como si de un bolero se tratase, ritmo pausado y lastimero, este autor nos ofrece títulos tan evocadores como "Sombrío fosforecer", "Dulce veleidad", "De misses top, reinas lagartijas y otras acuarelas", "Sufro al pensar", "Relicario", "Río rebelde", "Quiltra lunera", "Relamido frenesí", "Soberbia calamidad, verde perejil". Imágenes tras las que se enmarca una serie de crónicas que se vertebran como pulsión y punzada, visión detenida, *voyeurista*, sobre un pasado que justifica el presente. Espacio, tiempo y personajes serán los pretextos para armar ese Texto -con mayúscula- en que deviene el Chile Actual.

Entonces, resulta curioso comprobar cómo, en el transcurso de este armado, el propio proceso creativo va ordenando e imponiendo otras miradas. Si recurrimos, una vez más, a esa etapa en que estas crónicas se estaban configurando como libro, observamos que el proyecto inicial de Pedro Lemebel pretendía abarcar tres partes o series delimitadas por los enunciados de "Perlas", "Cicatrices" y "Paisaje":

Perlas, que se refiere a personajes que tuvieron un protagonismo en la dictadura y que ahora han pasado piola al tablado democrático o que se hacen los lesos; y de *Cicatrices*que sería la contraparte, de personajes que tuvieron un protagonismo trágico en la dictadura y que han sido olvidados. [...] La última parte se llama *Paisaje*, donde hago un recorrido por las comunas de Santiago. Por las comunas inventadas como la Florida, donde todas tienen perros doberman que se ven como elefantes en pequeños jardincitos. En la Florida es como ser rico, pero en miniatura. Ñuñoa es la comuna del idealismo, todos íbamos a ser príncipes, revolucionarios, hippies. La comuna de la utopía. Aquí hay un poquito de nostalgia[20].

Ahora bien, una vez fijado el texto, esto es, cuando adquiere cuerpo y rostro bajo el formato libro, apreciamos que esas "cerca de 50 crónicas muy cortas", a las que se apuntaba en un principio[21], se han incrementado hasta constituir un total de 71, sin olvidar que a este recuento debemos sumarle, igualmente, las

crónicas fotográficas -un total de 13 fotos de personajes y acontecimientos de muy variada índole- que, a manera de "reliquias", se constituyen en memoria visual, restos de épocas o sucesos pasados. No en vano figuran recogidas con el epígrafe "Relicario", foto-estuches que guardan intacto el recuerdo de algo o alguien, sin duda, contrapunto o melodía añadida a la escritura. De esta forma, "Perlas", "Cicatrices" y "Paisaje" se amplían para incorporar retratos y atmósferas hasta componer las nueve partes señaladas anteriormente. Así, como si de un rosario se tratase, esas series de crónicas o apartados sirven para conmemorar algunos de los tantos "misterios" dolorosos. El conjunto de todos ellos convierte a *De perlas y cicatrices* en una letanía, una invocación a la memoria.

Pero retomemos la oralidad, pues nos interesa resaltar que, en el caso de Pedro Lemebel, ésta implica también el propio disfrute de la palabra. Más allá de que sus crónicas cumplan un cometido instrumental, el de atentar contra el olvido, consiguen transmitir una emoción poética. A la par que se cuenta la reciente historia chilena, asistimos al deleite mismo del texto, al saboreo de cada término, su ritmo, su sonido, buscando que éstos se avengan bien con lo relatado. La espontánea naturalidad de la narración y del que habla convierten a esta obra en el atinado ejercicio escrito de una oralidad que aprovecha el localismo, la jerga y los dichos populares para no perder nunca su carácter de coloquio, diálogo o conversación.

De esta manera, podemos afirmar que Pedro Lemebel escribe de oídas, pues sus personajes se expresan siempre tal cual son. Al reproducir el habla, consigue también ampliar la información que ofrece, pues no sólo interesa lo que se dice sino el cómo se dice, que actúa como rasgo o distintivo social. Este juego de voces cobra especial relevancia en la siguiente crónica:

De encontrarse en oscuridad de telarañas con un chico por ahí. De saber que éramos dos extraños en una ciudad donde todos somos extraños, a esa hora, cuando cae el telón enlutado de la medianoche santiaguina. Y cada calle, cada rincón, cada esquina, cada sombra, nos parece un animal enroscado acechando. Porque esta urbe se ha vuelto tan peluda, tan peligrosa, que hasta la respiración de las calles tiene ecos de asalto y filos de navaja. [...] Pero el chico, que es apenas un jovenzuelo de ojos mosquitos, me detiene, me chanta con un: yo te conozco, yo sé que te conozco. Tú hablaí en la radio. ¿No es cierto? Bueno sí, le digo respirando hondo ya más calmado. ¿Teníai miedo?, me pregunta. Un poco, me atreví a contestar. A esta hora es muy tarde y uno no sabe. No te equivocaste, dijo soltando la risa púber que iluminó de perlas el pánico de ese momento. Yo te iba a colgar, loco, agregó sonriendo. Mostrándome una hoja de acero que me congeló el alma colipata. Te iba a hacer de cogote, pero cuando te oí hablar me acordé de la radio, caché que era la misma voz que oíamos en Canadá. Pero la Radio Tierra es onda corta y no se escucha tan lejos. ¿Estuviste afuera? No, ni cagando, yo te digo en cana, en la cárcel, en la peni, tres años y salí hace poco. Me acuerdo que a las ocho, cuando dan tu programa, adentro jugábamos a las cartas, porque no hay na' que hacer. ¿Cachaí? La única

entretención a esa hora era quedarnos callados pa' escuchar tus historias. Habían algunas re buenas y otras no tanto porque te ibai al chancho, como esa de futbol o la de Don Francisco. Ahí nos daba bronca y apagábamos la radio y nos quedábamos dormidos. Pero al otro día, no faltaba el loco que se acordaba y ahí estábamos de nuevo escuchando esa canción. ¿"Invítame a pecar", se llama? La única vez que no pudimos escuchar, fue cuando un loco agarró a patás la radio porque estaba hablando el ministro de justicia, y pasamos como un mes con la radio mala, hasta que la mandamos a arreglar al taller de electricidad. A veces alguien estaba preparando comida y hacía sonar las ollas y lo hacíamos callar para oír bien, porque tu radio se escucha pa' la goma. Otras veces se escuchaba clarita, pero los otros presos andaban amargados pateando la perra porque les habían negado el indulto, porque no tenían visitas, porque el abogado les pedía más plata, o porque los gendarmes güeviaban tanto. Ahí, antes que estallara la mocha, yo agarraba la radio cassete y la ponía bien bajito debajo de las frazadas pa' escucharte[22].

Esta oralidad deviene también *copucha*[23], *pelambre*[24], *chamullo* [25], ritmo trepidante que impone el boca a boca; rezongo del que habla y del que escucha. De esta forma nos enteramos de esas otras historias veladas, tácitas, que se vertebran bajo otros discursos, el de "yo no sabía", "no supe", "nunca me dijeron"... Tal vez un *logos* menos incómodo, quizá el que afecta menos a las conciencias, porque de lo contrario, es decir el abierto reconocimiento de que se estaba enterado, convertiría al que lo dice en cómplice del horror. A este respecto podríamos señalar algunas crónicas, pero resulta oportuno, por lo elocuente, citar aquí la relativa a Mariana Callejas o "el Centro Cultural de la Dina", una "diva escritora", "una promesa del cuento en las letras nacionales", que convocaba en su casa a la clase cultural durante los años de la dictadura:

Muchos nombres conocidos de escritores y artistas desfilaron por la casita de Lo Curro cada tarde de tertulia literaria, acompañados por el té, los panecillos y a veces whisky, caviar y queso Camembert, cuando algún escritor famoso visitaba el taller, elogiando la casa enclavada en el cerro verde y el paisaje precordillerano y esos pájaros rompiendo el silencio necrófilo del barrio alto. Esa tranquilidad de cripta que necesita un escritor, con jardín de madreselvas y jazmines "para sombrear el laboratorio de Michael, mi marido químico, que trabaja hasta tarde en un gas para eliminar ratas", decía Mariana con el lápiz en la boca. Entonces todos alzaban las copas de Old Fashion para brindar por la alquimia exterminadora de Townley, esa swástica laboral que evaporaba sus hedores, marchitando las rosas que morían cerca de la ventana del jardín.
Es posible creer que mucho de estos invitados no sabían realmente dónde estaban, aunque casi todo el país conocía el aleteo buitre de los autos sin patente. Esos taxis de la Dina que recogían pasajeros en el toque de queda. Todo Chile sabía y callaba, algo habían contado, por allí se había dicho, alguna copucha de cóctel, algún chisme de pintor censurado. Todo el mundo veía y prefería no mirar, no saber, no escuchar esos horrores que se filtraban por la prensa extranjera. Esos cuarteles tapizados de enchufes y ganchos

sanguinolentos, esas fosas de cuerpos retorcidos. Era demasiado terrible para creerlo. En este país tan culto de escritores y poetas no ocurren esas cosas, pura literatura tremendista, pura propaganda marxista para desprestigiar al gobierno, decía Mariana subiendo el volumen de la música para acallar los gemidos estrangulados que se filtraban desde el jardín[26].

Posteriormente, la historia de Mariana Callejas deviene otra y, tras el caso de Letelier en Washington[27], se convierte en *yeta[28]* cultural. Sin embargo, hay quienes prefieren referirse a este personaje de manera "aséptica", sin entrar en más consideraciones: "la autora ha sufrido reveses por razones políticas y se considera una exiliada en su país, pues piensa que se le cerraron las puertas tanto en la vida social como en el trabajo, a raíz del caso Letelier. No obstante ha continuado con su labor creativa"[29].
De este modo, Lemebel lleva a cabo una reconstrucción de esos otros discursos, como el del silencio, que a veces actúa como castigo social que se cierne sobre alguien que destaca en su medio. O bien el de los que no quieren saber y miran hacia otro lado, y encuentran en los concursos de belleza, en la televisión o en la música, una forma de escapismo, "hipnosis" o anestesia para épocas de conflictos[30]. Discursos para un Chile que, de muy diversas maneras, como tantos otros, prefiere "sumar las memorias al tranvía amnésico de la renovación"[31].

Sin embargo, la fluidez de estas crónicas no sólo viene dada por aquella sensibilidad que manifiesta con las palabras, o por ese escribir lo coloquial sin limitarlo, sino también por el acertado ejercicio del humor. El humor será uno de los ingredientes principales de estos textos, pues Lemebel se vale de él para descubrir o mostrar lo que hay de cómico o ridículo en las cosas, en los hechos y en las personas. De esta manera, la intolerancia, la ingenuidad o la malicia se resuelven siempre echando mano de la sonrisa, la ironía y el sarcasmo, hasta conformar una escritura apasionada, rabiosa, salpicada a veces de humor negro y siempre una burla paródica. Tal es lo que podemos apreciar en el texto que recrea la visita de Margareth Thatcher a Chile y la anécdota de su vahído:

Las especulaciones sobre el desmayo de la Thatcher en Chile recorrieron el mundo por las pantallas con su desfallecimiento en tres tiempos, mientras arengaba a los tigres y faisanes de plumas regias. Pura estirpe económica aplaudiendo a nuestra señora del metal: la virgen iceberg bajando del Olimpo british hasta nuestra precaria monarquía sudaca.
Lo cierto es que Margareth, la isleña, se fue de bruces parando las patas frente a las cámaras […]

La agenda de Maggy correteando de bolsa en mercado fue vertiginosa, por eso la agitación le causó el desmayo; aunque versiones surrealistas lo atribuyen a un posible embarazo como premio divino por sus servicios en la cruzada anti marxista contra la prole izquierdilla que ella no se cansa de fustigar. Aunque bajo este cielo azulado (derecho), los puños en alto se derritieron al encanto de la

demos-gracia.

La vieja amazona england ya no tiene contrincantes, pero aún la sombra roja nubla su nirvana derechista, la hace tambalear en los tacos que le prestó Lady D. para visitar al Capitán General, que tanto admira los cojones bajo las faldas. Por eso el nevado dictador le pidió que posaran parodiando el afiche de “Lo que el viento se llevó”. Después le regaló una medalla de la Virgen del Carmen y prometió nombrarla la segunda Patrona del Ejército[32].

Igual tono irónico y hasta grotesco es el que apreciamos en las páginas dedicadas al televisivo Mario Kreutzberger, más conocido como Don Francisco, quien ha alcanzado popularidad por presentar, desde 1962, el programa de variedades *Sábado Gigante*(inicialmente *Sábados Gigantes* o *Show Dominical*) y por haber promovido en Chile, en 1978, el primer evento benéfico de la pequeña pantalla, el Teletón:

Redondeado por el sopor de la tarde sabatina, el mito burlón de Don Francisco recrea el lánguido fin de semana, el opaco fin de semana poblacional que, por años, solamente tuvo el escape cultural de Sábados Gigantes. El día chillón del verano haragán, el polvo seco de la calle sin pavimentar y la tele prendida, donde el gordo “menaba la colita” al ritmo de la pirula.

Desde los años setenta, […] hizo pasar a todo un país por la treta parlanchina de su optimismo mercante. Es decir, reemplazó el mesón de la negocia trapera por el tráfico de la entretención televisiva, la hipnosis de a familia chilena, que cada sábado, a la hora de onces, espera al gordo para reír sin ganas con su gruesa comicidad. Así, Don Pancho, supo hacer el mejor negocio de su vida al ocupar la naciente televisión como tarima de su teatralidad corporal y fiestera. Con increíble habilidad, impuso su figura regordeta, anti televisiva, en un medio visual que privilegia el cuerpo diet. Contrabandeando payasadas y traiciones ladinas del humor popular, nos acostumbró a relacionar la tarde ociosa del sábado con su timbre de tony, con su cara enorme y su carcajada fome, que sin embargo hizo reír a varias generaciones en los peores momentos.

[...] Y por más de veinte años vimos brillar la sopaipilla burlesca de su bufonada, y Chile se vio representada en el San Francisco de la pantalla, la mano milagrosa que regalaba autos y televisores como si les tirara migas a las palomas. Manejando la felicidad consumista del pueblo, el santo de la tele, hacía mofa de la audiencia pulguienta ansiosa por agarrar una juguera-radio-encendedora-estufa-, a costa de parar las patas, mover el queque, o aguantar las bromas picantes con que el gordo entretenía al país.

[…] pero no basta para el Via Crucis de la Teletón. Esa odiosa teleserie de minusválidos gateando para que la Coca Cola les tire unas sillas de ruedas. No basta la emoción colectiva, ni la honestidad de las cristianas intenciones, ni el sentimentalismo piadoso para justificar la humillación disfrazada de colecta

solidaria. No basta la imagen del animador, como virgen obesa con la guagua parapléjica en los brazos, haciéndole propaganda a la empresa privada con un problema de salud y rehabilitación que le pertenece al Estado. [...] El sagrado Don Francisco, el hombre puro sentimiento, puro “chicharrón de corazón”, el apóstol televisivo cuya única ideología es la chilenidad, y su norte, la picardía cruel y la risotada criolla que patentó como humor nacional.

[...] En fin, dígase lo que se diga, Don Francisco equivale a la cordillera para los millones de telespectadores del continente que lo siguen, lo aman, le creen como a la virgen, y ven en la boca chistosa del gordo una propaganda optimista de país. Más bien, una larga carcajada neoliberal que limita en una mueca triste llamada Chile[33].

Travestismo urbanero

Todo lo anteriormente señalado contribuye a la maestría de una obra que logra abordar sin tapujos el pasado-presente, denunciando para ello todo tipo de marginaciones sufridas -ideológicas, sociales y sexuales-. Nos enfrentamos así, de lleno, a esa *otra* historia, en la que se rechaza por ser diferente, en donde los personajes navegan de naufragio en naufragio, en donde lo distinto es el lugar a donde van a parar todos los odios. Por este motivo, Lemebel carga su pluma e insiste en ofrecernos *otra* cartografía de Chile, “ese otro mapa de lo real” que, parafraseando a Carlos Monsiváis, ni es opuesto ni complementario, sino que “surge del nuevo gran proyecto: la unidad de lo diverso”[34]. En este sentido, queremos detenernos a comentar, especialmente, esas crónicas que Pedro Lemebel recoge bajo la imagen de “Quiltra lunera”[35]. No es en vano que nuestro escritor haya elegido como cita que abra esta serie un fragmento de la crónica del autor mexicano José Joaquín Blanco, “Ojos que da pánico soñar”[36]. Porque ese texto pone en evidencia la discriminación o marginación que, por parte del sistema intolerante, sufre el homosexual al que se percibe *diferente*. Doble *diferencia*, además, subraya Pedro Lemebel a manera de manifiesto, la de ser homosexual y homosexual en la miseria. Y para hacerlo más patente levanta la cabeza, pone las dos mejillas y declara:

No soy Passolini pidiendo explicaciones
No soy Ginsberg expulsado de Cuba
No soy un marica disfrazado de poeta
No necesito disfraz
Aquí está mi cara
Hablo por mi diferencia
Defiendo lo que soy
Y no soy tan raro
Me apesta la injusticia
Y sospecho de esta cueca democrática
Pero no me hable del proletariado
Porque ser pobre y maricón es peor

Hay que ser ácido para soportarlo
Es darle un rodeo a los machitos de la esquina
Es un padre que te odia
Porque al hijo se le dobla la patita
Es tener una madre de manos tajeadas por el cloro
Envejecidas de limpieza
Acunándote de enfermo
Por malas costumbres
Por mala suerte
Como la dictadura
Peor que la dictadura
Porque la dictadura pasa
Y viene la democracia
Y detrasito el socialismo
¿Y entonces?
¿Qué harán con nosotros compañeros?
¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos
con destino a un sidario cubano?[37]

De este modo, si José Joaquín Blanco prefiere hablar de los homosexuales de clase media, Pedro Lemebel elige conscientemente posar su mirada en la miseria, en esas "locas preciosísimas" de las que no se atreve a hablar el cronista mexicano, alegando que somos tan poca cosa frente a ellas:

Esos homosexuales de barrio, jodidos por el desempleo, el subsalario, la desnutrición, la insalubridad, la brutal expoliación en que viven todos los que no pueden *comprar* garantía civil alguna; y que además son el blanco del rencor de su propia clase, que en ellos desfoga las agresiones que no puede dirigir contra los verdaderos culpables de la miseria: esas locas preciosísimas, que contra todo y sobre todo, resistiendo un infierno totalizante que ni siquiera imaginamos, son como son valientemente, con una dignidad, una fuerza y unas ganas de vivir, de las que yo y acaso también el lector carecemos. Refulgentes ojos que da pánico soñar, porque junto a ellos los nuestros parecerían ciegos[38].

Y bajo el resplandor lunático Lemebel hace desfilar a aquellos que deambulan y tal vez zozobran en las calles santiaguinas. Quiltros -gentes y perros- confundidos en una misma (des)consideración social: locos, *locas*, delincuentes, rotos, travestis... Esos que responden a este "travestismo urbanero que desecha la ciudad ajada como desperdicio"[39]. Seres a los que se desprecia por *distintos*, distinguidos por carecer de importancia, como aquel estudiante de arquitectura que, tras perder a su madre, deviene "la loca del carrito":

De verlo continuamente cruzar la ciudad con su indumentaria de travesti doméstico, con su figura lunfarda, de mendiga, vieja bruja, señora tirilluda que detiene el tránsito con su espejismo teatral para la sorpresa de la gente. La loca del carrito no tiene destino en su paseo lunático que arrastra por las calles sin ver

a nadie, sin percatarse de las risas burlescas que deshilachan aún más su falda de franela a cuadros, el trapo poblador que, sin pretensión, le cubre sus huesudas rodillas de pajarraco artrítico, rumbeando la tarde a bordo de su poética trasgresión.

De su pasado no hay rastro, en la estela locati que dejan sus zapatones de hombre chancleteando la vereda lunar que alborota desafiante. [...] La loca del carrito conduce su bote de supermercado coleccionando mugres que Santiago desecha en su flamante modernidad. Por ahí agarra una muñeca manca y la arropa con ternura subiéndola a su barca rodante. Por acá se enamora de un trapo desflecado que lo rescata para cubrirse la cabeza. Y así, con el trapito anudado en su barbilla sin afeitar, como una abuela sureña o una extraña Madre de Plaza de Mayo, desaparece en el fragor del tráfico, dejando su alucinado delirio como una estampa irreal que se esfuma en el traqueteo neura del centro[40].

Largo es el recorrido que nos propone Lemebel, porque en él no sólo divisamos lo que acontece en las calles y veredas *citadinas*, sino que también nos adentramos en aquellos lugares no “aptos” para la moral de “lo políticamente correcto”. De esta manera, nos acercamos como espectadores al cotidiano del Circo Timoteo, un Circo travesti en el que destaca la presencia de Rosita Show, y de paso nos hacemos partícipe de sus confesiones y de sus transformaciones, cuando, como a Juana Rosa, le llega invitación[41]:

Rosita Show, la bomba latina que se abanicaba de aplausos en las funciones nocturnas de la carpa piojenta. Con su mano en el cuello, como si acariciara un valioso collar, me dijo: en la semana, cuando no hay función, nos entretenemos jugando a las cartas en la carpa de la Vanesa. Nunca falta un traguito o alguna loca amiga que cae de visita. Y ahí estamos hasta el amanecer, dale con el chiste, la talla y el conchazo; cuando de repente apareció un cabro chico diciendo que un caballero quería hablar conmigo, que me estaba esperando en un auto, en la calle. Y qué auto niña, casi me caigo de culo al ver el medio Mercedes con chofer buscando a esta princesa. Y yo en esa facha, pero igual me acerqué a la ventanilla del auto y les dije: ¿Ustedes buscan a Rosa Show? Yo soy, qué se les ofrece. Entonces los reconocí altiro, era ese locutor de la tele que daba las noticias, andaba con otro, un cómico medio pelao que se rió y me dijo: pero usted no es la Rosita Show. Claro que sí. Lo que pasa es que ando de civil. Bueno, sucede que nosotros la queremos contratar para el cumpleaños de un amigo. Le pagamos 20 mil pesos y usted le canta cumpleaños feliz, le menea un poco el queque y eso es todo. ¿Y dónde queda esto? No se preocupe, lo llevamos y lo traemos cuando usted quiera. Y sin pensarlo dos ni tres veces les dije que bueno, porque uno anda a patás con el águila en el negocio del circo. Lo que sí, van a tener que esperarme una media hora para armar a la Rosa. Ningún problema, tenemos tiempo. En una hora estamos aquí. Y el auto salió soplao en una nube de tierra, y yo corrí a las carpa a maquillar, peinar y vestir a la Rosa. Cuando volvieron ya estaba lista. Se quedaron con la boca abierta los huevones.

No lo podían creer. ¿Cómo estoy?, les pregunté mostrándoles el bikini de lentejuelas negras, los tacos, la boa de plumas, la peluca y un abrigo que me puse encima porque hacía frío. Diez puntos me dijo el cómico abriéndome la puerta del auto[42].

Viaje en el espacio, pero también en el tiempo. Así las crónicas van hilvanando unas historias que, desde el presente, nos transportan hasta los años sesenta. De esta forma, andamos por el Paseo Huérfanos, en el centro de Santiago, para evocar el Teatro Ópera y las funciones nocturnas del Bim Bam Bum, una compañía teatral de revistas eróticas. Por su escenario desfilaron no sólo *vedettes* nacionales sino también algunas importadas de los espectáculos de Buenos Aires. Pero igualmente este local fue testigo de la conmoción que despertó la visita de Coccinelli, el primer homosexual francés que se cambió de sexo en París:

Y el tumulto a la entrada del Ópera era un empujar de santiaguinos curiosos que deseaban ver este milagro de la cirugía. Y todos quedaron mudos cuando Coccinelli bajó del auto en un relámpago de flashes. Era más bella de lo imaginado, con su pelo aluminio, sus grandes ojos verdes, y el par de mamas como rosados melones que desembolsó en el escenario para el estupor del público. “Todo es falso, puro relleno”, murmuraban los bailarines colisas sapeando envidiosos tras las cortinas[43].

Esta ciudad múltiple que nos muestra Pedro Lemebel se configura en una urbe que se metamorfosea según lo exija la ocasión. Vestida de negro, cuando lo requieren los acontecimientos luctuosos, o de plumas y lentejuelas, cuando se trate de poner un parche a las heridas. Todo cabe en esta “mentira paródica” que a veces transforma el original en mero pretexto. En este sentido traemos a colación la crónica que se refiere a la cantante chilena Miriam Hernández, cuyo reconocimiento internacional se debe, en parte, a los show-doblajes que hacen de ella los travestis latinos de Nueva York:

La sueñan en su cante sudaca de chica popular que se encaramó a puro pulso, a puro aclarado de mechas, a pura simpatía de morocha sexi al top famoso del ranking estelar. Al parecer, la fantasía chicana de los travestis reviven en la Miriam el milagro social de Marilyn y Madonna, que de pobre empleadita de tienda o anónima cajera de panadería se vio de un día a otro enmarcada de luces, acicalada por modistos y peluqueros que la suben como diosa al carro consumista del mercado disquero. [...] Tal vez, la Miriam no sabe que es la voz calentona que hierve el mate en el show travesti de las disco-gays de Manhattan, y menos que se la incluyó en el libro “Poesida” (editado en una universidad de Nueva York) por la canción “Se me fue”, que Miriam le dedicó a su abuelita fallecida, y los homosexuales la entendieron como homenaje de la estrella a los muertos por la plaga[44].

Pero Miriam Hernández no es la única “perla” digna de ser imitada. Algo similar

le sucedió a Silvia Piñeiro, la Primera Dama de la escena nacional, la actriz que hizo de Laurita Larraín en *La Pérgola de las Flores*, comedia musical de la dramaturga Isidora Aguirre y partitura de Francisco Flores del Campo, estrenada en marzo de 1960. Si durante años su séquito de admiradores -las "locas bien"- se desvivían por estar cerca de ella, al final acabó creyéndose su papel, una diva alejada de la realidad, viviendo su particular *crepúsculo de los dioses*:

[…] la única actriz con abolengo. La elegante Piñeiro, admirada por los colisas del Barrio Alto, que se jactaban de ser sus amigos, que la acompañaban llevándole la cola, cuidándole los perros Yorkshire, esos ratones peludos que la vieja amaba como niños, y andaba con el racimo de perros colgándole por todos lados. […] Y hasta allí la fantasía principesca de la actriz se convierte en exceso, se hace real la película reaccionaria de su teatral representación. Como si teatro y vida fueran la misma obra, la misma comedia de clase que la Silvia siguió representando en la soledad de su delirio, en la psicosis de llamar a la servidumbre desde su triste vejez en el departamento mediopelo del barrio Santa Lucía que le regaló el alcalde[45].

Sin embargo, no todo es travestismo lúdico. En estas crónicas hay un ámbito reservado para esos que con sus silencios no hicieron otra cosa que dilatar las heridas abiertas de tantos otros. Por este motivo cobra especial importancia el texto en el que se alude al cura de la tele quien, desde su púlpito televisivo del Teletrece -un canal católico, el único independiente-, cerraba la programación, en los primeros años del golpe, haciéndose compinche de la impunidad para ofrecer *la copia feliz del Edén*:

Mientras Santiago se recagaba de miedo de espaldas a las bayonetas, el hermano santo extraviado en sus túneles eucarísticos, soñaba con blandos seminaristas de manso mirar. El fraile de la tele, se veía en un *cielo azul* marino persiguiendo mancebos con alitas y arcángeles de piernas peludas, enjambres de acólitos y querubines que el Altísimo le daba de premio por su lucha antimarxista. Y él, humildemente lascivo, los miraba trotar y correr por su jardín del paraíso, los veía emocionado brincando entre las nubes por el "*campo de flores bordado*" de su Chile militar[46].

Historias, anécdotas, retazos del olvido que tal vez no sean más que un muestrario de marginados y marginales, de estigmatizados, de los que fueron desplazados y ninguneados incluso por la crueldad o malicia infantil. Así Pedro Lemebel se "arremanga" los años para revivir su etapa en la escuela pública y para rememorar la presencia de Margarito, un niño "raro" al que los otros gritaban por su diferencia: "Margarito maricón puso un huevo en el cajón".

Lo recuerdo tan solo, en ese tristísimo exilio de princesita traspapelada en un cuento equivocado. Lo veo así, al borde de la crisis esa mañana del sesenta cuando Caritas-Chile regaló un montón de ropa norteamericana para la escuelita Ochagavía. Eran fardos gigantes de pantalones, poleras, zapatos, camisas y

casacas que los curas habían seleccionado para los niños varones. Tiras usadas que el imperio repartía a Sudamérica para tranquilizar su conciencia. Trapos multicolores, que los chiquillos se probaban entre risas y tirones. Y en medio de esa alegre selección, apareció un vestido, un largo y floreado camisón que los cabros sacaron calladamente del bulto. Lo extrajeron mirándose con maldadosa complicidad. Margarito, como siempre, flotaba más allá del bullicio en la balsa expatriada de su lejano navegar. Por eso no se percató cuando lo rodearon sujetándolo entre todos, y a la fuerza le metieron el vestido por la cabeza, vistiéndolo bruscamente con esa prenda de mujer. Creo que nunca olvidaré esa escena de Margarito con los ojos empañados, envuelto en la percala floral de su triste primavera. Lo veo a pesar de los años, interrogando al mundo que se cerraba para él en una ronda de carcajadas. Lo sigo viendo acurrucado, como una palomita llorona mirando las bocas burlescas de los niños, desfiguradas por el océano inconsolable de su amargo lagrimal[47].

O bien Lemebel saca de un cofre del pasado su colección de “singularidades”, estampas entre las que cobran vida una serie de individuos que, durante la dictadura, se rebelaron para defender la libertad de las minorías sexuales. Como esas mujeres de la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén, quienes habían iniciado su andadura de resistencia pública a partir del asesinato de Mónica Briones, cuyo crimen sigue impune hasta el momento:

La Mónica era una artista, sobreviviente del hippismo, el Parque Forestal y de tantos cafés utópicos que humeaban las tardes de la Unctad, en la lejana Unidad Popular. Y a pesar del golpe, del toque de queda y la milica represión, todavía le quedaban ganas para soñar noches en ese Santiago amordazado por el toque de queda. Aún le quedaba pasión, esa fecha del setenta y algo para brindar por la esperanza en el Bar Jaque Mate de la Plaza Italia. Y la Mónica hablaba tan fuerte, no tenía pelos en la lengua para manifestar su rabia frente al machismo, la repre, y todas las fobias que alambraban de púas su prohibido amor. La Mónica era así, voluptuosa, desenfrenada, cuando escuchó risas de machos en otra mesa, burlas de macho al ver mujeres bebiendo en la noche sólo para hombres. Y no se pudo contener, y algo les dijo, y los dos tipos se pararon desafiantes, y la Mónica desde su pequeña estatura no se quedó chica, y vino un puñetazo y otro, y a patadas la sacaron a la calle, a la vereda, donde la siguieron golpeando, donde le partieron el cráneo y la sangre de la pequeña Mónica les manchó los puños, y ese color aumentó la brutalidad de la golpiza. Y ellos no se cansaban de golpearla, como en éxtasis le rebotaban su cabeza en el cemento. Y cuando se fueron, caminando tranquilos por la oscuridad macabra de la dictadura, la Mónica quedó hecha un guiñapo estampado en el suelo. Y cuando llegó la policía, nadie había visto nada, nadie se atrevía a dar informaciones sobre esos monstruos, seguramente CNI, que se desplazaban libremente en el Santiago de las botas[48].

Una vez más, Lemebel cronista, Lemebel testigo, pone el oído y en su atenta escucha nos retransmite el eco de esos programas radiofónicos que llenaban el

espacio con su aéreo peregrinar. Y aunque algunas radios ya han desaparecido otras continúan su andadura, quizá tratando de usurparle un lugar a la televisión. Una de éstas es la AM, en cuyas ondas resuenan las voces de los que proclaman un rinconcito en el aire:

Sobre todo en las mañanas, la radio AM es el espejo de un cotidiano popular que enfiesta de circo el inicio del día. Casi al final del dial, la Radio Tierra enmarca el rostro de una mujer que borda palabras en el aire. Es una voz afelpada que atraviesa la ciudad en alas del cambio. Ahí mismo, carreteando la AM, es posible toparse con los homosexuales y lesbianas del programa Triángulo Abierto, que ya cumplió años y seguirá en el aire como voz del Movimiento de Liberación Homosexual, Móvilh, los sábados por la noche[49].

Y así se cierran estas crónicas, hojas desgajadas del árbol de la memoria. Su perfume lo inunda todo, al igual que el aroma que se despliega en la Avenida La Paz y Mapocho, donde las floristas de las Pérgolas lo atavían todo con sus ramos. Una celebración para la vida, un ritual para la muerte. Una simbología cromática y floral, donde cada pena se ornamenta de manera diferente:

Las mujeres que trabajan el jacinto, la rosa y el alhelí, en un murmullo de colores y ramas verdes y pétalos que cubren el piso mojado de los galpones. Los dos antiguos edificios redondos de San Francisco y Santa María, donde ellas hacen circular la pena de los deudos que acuden diariamente por una corona de rosas blancas, por favor, para el angelito que se encumbró al cielo, tan chiquito, en forma de cruz para la abuela que era tan beata, de claveles rojos si el finado es caballero y comunista, o rosados si el dolor es mujer o mariquilla de sida injertado. También las hay de siemprevivas para el cliente amarrete que espera que el adorno dure un año, para todos los gustos, sexos y clases sociales el mercado florero tiene una oferta. Y las señoras doñas de este jardín, van surtiendo la demanda con sus manos ágiles que trenzan, anudan y tejen las ramas de pino. Los armazones de las coronas que después florean y decoran con su estética de último homenaje. Y este oficio de engalanar la muerte como una novia, las reúne por años en el sindicato que armaron para su protección laboral, como una heredad de mujeres que brota desde la abuela, la hija, la nieta y que continúa esta larga tradición de nevar de pétalos los cortejos ilustres[50].

Sin duda, tras estas páginas se adivina el latido acompasado de Pedro Lemebel. Ritmo existencial que, parafraseando al propio escritor, tal vez no haga más que responder a los recuerdos que titilan “en mi corazón homosexual que se me escapa del pecho, y lo dejo ir, como una luciérnaga enamorada tras el brillo de sus pasos”[51].

Con todo, las crónicas de Lemebel nos han obligado a callejear la ciudad de Santiago, para de esta forma no sólo dar cuenta de su paisanaje sino también de su paisaje. Se configura de este modo una urbe “extraña”, “contradictoria” y “cambiante”, como mucho tiempo atrás también la percibiera Benjamín

Subercaseux, quien, de igual manera, había señalado que esta “ciudad se defiende para que no sepan lo que es” y, concluye, “tenemos todavía el corazón duro, la memoria frágil, y la vista clavada en el mañana, sin pensar en otra cosa que en nuestro propio yo”[52].

Por eso Pedro Lemebel reconstruye un Santiago que va más allá del hábito y la visión “turística” a la que otros nos tienen acostumbrados. Y en su transitar por calles, barrios y comunas nos devuelve la imagen especular de dos ciudades. Una, la del Barrio Alto, la del Chile rico al que todo le ha ido bien en la vida. Villas y condominios con un patio particular que no se moja como los demás. Casas con jardincitos y perros guardianes que visitan al veterinario y se alimentan con pienso importado. De la mano de nuestro cronista viajamos por Alameda, Providencia, Apoquindo, Las Condes hasta llegar a las alturas, El Arrayán, la comuna de los naturistas, de los hippies que han sabido amoldarse a estos nuevos tiempos de liberalismo económico sin perder la pose de yoga ni la meditación transcendental.

Pero hay otro Santiago, el de los barrios bajos, ese otro Chile que sabe de inundaciones, de fríos y de carencias de todo tipo. Es el Chile pobre, el de las poblas, cuyo fluir marcha parejo con las aguas del Mapocho. Un río “más pocho”, que no es chicha ni limoná, aunque algunos traten de recuperarlo para hacer de Santiago una nueva Venecia. Así, de manera sinuosa, serpentina, río abajo, río arriba, llegamos a estas orillas donde van a parar todos los desperdicios humanos[53]. A lo lejos resuena la canción de Víctor Jara:

En el río Mapocho
mueren los gatos,
y en medio del agua
tiran los sacos.
Pero en las poblaciones,
con la tormenta,
hombres, perros y gatos
es la misma fiesta[54].

Por esto último resulta curioso, entonces, que cuando se habla del panorama literario del Chile de hoy aún se excluya el quehacer creativo de Pedro Lemebel. Esto es lo que ocurre en una obra que, por su difusión y su intencionalidad, la de abordar la Literatura del Chile actual, debiera hacer hincapié en la producción de nuestro autor, sin duda el máximo exponente del género cronístico en ese país. De este modo, Darío Oses, al reflexionar acerca de los escritores integrados y los apocalípticos, entendiendo por tales aquellos que forman parte o no de los circuitos de edición y distribución, califica de escritor maldito a Pedro Lemebel y, a continuación, advierte que “la nueva narrativa chilena -más allá o más acá de sus méritos literarios- da cuenta sólo de una parte de la realidad del país. Y excluye un territorio enorme. [...] La vida de las poblaciones actuales se asoma apenas en las crónicas de Pedro Lemebel” [55].

No resulta difícil, por tanto, desdecir esta aseveración, a la luz de lo expuesto más arriba. Porque no es que Lemebel nos *asome* a las poblaciones, sino que nos coloca en el centro de ellas para que desde ahí podamos discernir las luces y sombras de una ciudad vampira que lo devora todo.

A manera de cierre

...Pero volvamos al principio y retomemos el tango “La última curda” para jugar con él y concluir que Pedro Lemebel ciertamente lastima el corazón con *De perlas y cicatrices*, su ronca maldición maleva que nos obliga a recordar. Porque es verdad, la vida es una herida absurda, y es todo, todo, tan fugaz... Y por eso nos habla de aquella otra historia ausente como un retazo del olvido... y nos hace daño y nos lastima... pues termina la función ¡(des)corriéndole un telón al corazón! Pero antes de cerrar el ventanal que quema el sol su lento caracol de sueño, debemos afirmar que aunque Pedro Lemebel venga de un país que está de olvido, él, desde luego, no lo está.

Si pudiera oírse ahora una melodía de fondo elegiríamos, para terminar, un vals peruano en la voz de Palmenia Pizarro. No en vano, en “Dulce veleidad”, una de las primeras series de crónicas en *De perlas y cicatrices*, nuestro autor refiere la “exiliada humillación” que sufrió esta cantante chilena, a pesar de haberse hecho un hueco en “el revoltijo disquero de los años sesenta”[56]. Palmenia, la más querida, la voz del pueblo…, pero no tardó en aparecer la intérprete envidiosa que, “sin inmutarse, dijo que la fatalidad viajaba con la Palmenia”[57] y tampoco faltó el presentador -Mario Kreutzberger, el “San Francisco de la pantalla”[58]- que repitiera hasta la saciedad aquello de que tenía mal fario, que era gafe, mala sombra, aguafiestas…: “Así el humor perverso que caracteriza este suelo, le hizo el cartel de *yeta* a la cantante, que nunca más fue invitada a las giras y menos a la televisión, donde el gordo ponía trenzas de ajo censurándole la entrada”[59]. Palmenia Pizarro abandona Chile en 1971 con rumbo a México, de donde regresa en 1997, para actuar como estrella invitada en la televisión.

Por todo ello, y a modo de reivindicación, dejemos entonces que sea la propia Palmenia Pizarro la que despedida este espectáculo de *crónicas radiales*. Que queden sonando en el aire esas palabras que muy bien podrían servir de broche a *De perlas y cicatrices*:

Ódiame por piedad yo te lo pido,
ódiame sin medida ni clemencia,
odio quiero más que indiferencia,
porque el rencor hiere menos que el olvido[60].

Referencias bibliográficas

1. AA.VV, “Caso Letelier”, en *Derechos Humanos*, 24 agosto 2006

<http://www.primeralinea.cl/site/c_documentos/doc_ind_derechoshumanos.html>

2. ACADEMIA CHILENA, 1978, *Diccionario del habla chilena*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

3. BARRETO, Federico, "Último ruego", en Blanca Orozco de Mateos (ed.),*Palabra virtual. Antología de poesía hispanoamericana*, 23 agosto 2006 <http://palabravirtual.com/index.php?ir=ver_poema1.php&pid=8622>.

4. BLANCO, José Joaquín, "Ojos que da pánico soñar", en *Función de medianoche. Ensayos de literatura cotidiana*, 7ª reimp., México D.F., Ediciones Era, 181-190.

5. CORONA, Ignacio y JÖRGENSEN, Beth E. (eds.), 2002, *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*, New York, State University of New York Press.

6. GOBELLO, José, 1982, *Diccionario lunfardo*, 4ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo Editor.

7. GOBELLO, José, 1999, *Letras de tango. Selección (1897-1981)*, Buenos Aires, Centro Editor de Cultura Argentina.

8. GONZÁLEZ, Aníbal, 1983, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, Porrúa Turanzas.

9. JARA, Víctor, "En el río Mapocho", 22 agosto 2006 <www.angelfire.com/sd/par/victor/mapocho.html>.

10. LAMPEREIN, Lina Vera, 1994, "Literatura femenina actual (1970-1990)", en*Presencia femenina en la literatura nacional. Una trayectoria apasionante 1750-1991*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 185-238.

11. LEMEBEL, Pedro, 1986, *Incontables*, Santiago de Chile, Ergo Sum.

12. LEMEBEL, Pedro, 1995, *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, Santiago de Chile, Cuarto Propio (Serie Narrativa).

13. LEMEBEL, Pedro, 1996, *Loco afán. Crónicas de sidario*, Santiago de Chile, LOM Ediciones (Col. Entre Mares).

14. LEMEBEL, Pedro, 1996, "Manifiesto (hablo por mi diferencia)", en *Loco afán. Crónicas de sidario*, Santiago de Chile, LOM Ediciones (Col. Entre Mares), 83-90.

15. LEMEBEL, Pedro, 1997, *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, 2ª

ed., Santiago de Chile, Cuarto Propio (Serie Narrativa).

16. LEMEBEL, Pedro, 1997, “Entrevista a Pedro Lemebel: Géneros bastardos”, en*Textos profanos*, 1, Santiago de Chile, Cuarto Propio.

17. LEMEBEL, Pedro, 1998, *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales*, Santiago de Chile, LOM Ediciones (Col. Entre Mares).

18. LEMEBEL, Pedro, 1998, “A modo de presentación”, en *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales*, Santiago de Chile, LOM Ediciones (Col. Entre Mares), 5-6.

19. LEMEBEL, Pedro, 2000, *Loco afán. Crónicas de sidario*, Barcelona, Anagrama (Col. Contraseñas).

20. LEMEBEL, Pedro, 2001, *Tengo miedo torero*, Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral (Col. Biblioteca Breve).

21. LEMEBEL, Pedro, 2001, *Tengo miedo torero*, Barcelona, Anagrama (Col. Contraseñas).

22. LEMEBEL, Pedro, 2001, *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral (Col. Biblioteca Breve).

23. LEMEBEL, Pedro, 2003, *Zanjón de la Aguada*, Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral (Col. Biblioteca Breve).

24. LEMEBEL, Pedro, 2004, *Adiós Mariquita linda*, Santiago de Chile, Sudamericana (Col. Señales).

25. LEMEBEL, Pedro, 2006, *Adiós Mariquita linda*, Barcelona, Mondadori.

26. LILLO, Eusebio, VERA Y PINTADO, Bernardo y CARNICER, Ramón, “Himno Nacional de Chile”, 22 agosto 2006 <http://es.wikipedia.org/wiki/Himno_Nacional_de_Chile#Letra>.

27. LUDMER, Josefina, 1999, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Libros Perfil, S.A.

28. MATEO DEL PINO, Ángeles, 2001, “Crónica y fin de siglo en Hispanoamérica (Del siglo XIX al XXI)”, *Revista Chilena de Literatura* 59, 13-40.

29. MATEO DEL PINO, Ángeles, 2001, “Cronista y malabarista… (Entrevista a Pedro Lemebel)”, *Cyber Humanitatis* 20, <http://www.uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/cyber/cyber20/entrev2.html>.

30. MATEO DEL PINO, Ángeles, 2004, “Descorriéndole un telón al corazón. Pedro Lemebel: *De perlas y cicatrices*”, *Revista Chilena de Literatura* 64, 131-143.

31. MISTRAL, Gabriela, 1995, “Contadores de patria”, en Benjamín Subercaseux,*Chile o una loca geografía*, 11ª ed., Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 7-16.

32. MONSIVÁIS, Carlos, 1998, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era.

33. MONSIVÁIS, Carlos, 2001, “Pedro Lemebel: el amargo, relamido y brillante frenesí”, en Pedro Lemebel, *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral (Col. Biblioteca Breve), 9-19.

34. MOULIAN, Tomás, 1997, “Páramo del ciudadano”, en *Chile actual: Anatomía de un mito*, 7ª ed., Santiago de Chile, LOM Ediciones / ARCIS Universidad (Col. Sin Norte. Serie Punto de Fuga), 31-79.

35. MÚSICA PERUANA, “Ódiame”, en *Boletín de New York*, 23 agosto 2006 <http://www.boletindenewyork.com/vals.O.htm>.

36. OSES, Darío, 2002, “Nueva narrativa: ¿entre la insurrección y la línea de montaje?, en Kart Kohut y José Morales Saravia (eds.), *Literatura chilena hoy: la difícil transición*, Madrid/Frankfurt am Main, Editorial Iberoamericana/Vervuert Verlag, 223-229.

37. PARRA, Violeta, “Arréglate Juana Rosa”, en “ciber-fonda. Cancionero tradicional”, 24 agosto 2006 <http://www.lacuarta.cl/sitios/fonda2000/cancionero/cancionero8.html>.

38. RAMOS, Julio, 2003, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Cuarto propio.

39. ROTKER, Susana, 1992, *Fundación de una nueva escritura: Las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas.

40. SUBERCASEUX, Benjamín, 1995, “El país de la montaña nevada. II. Donde Santiago se defiende para que no sepan lo que es”, en *Chile o una loca geografía*, 11ª ed., Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 87-91.

Notas

[1]Una versión reducida de este trabajo figura publicada, con el título “Descorriéndole un telón al corazón. Pedro Lemebel: *De perlas y cicatrices*”, en la *Revista Chilena de Literatura*, 64, abril 2004, pp. 131-143.

[2] Pedro Lemebel, *Incontables*, Santiago de Chile, Ergo Sum, 1986.
[3] Pedro Lemebel, *Tengo miedo torero*, Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral (Col. Biblioteca Breve), 2001. El mismo año se dio a conocer en España: *Tengo miedo torero*, Barcelona, Anagrama (Col. Contraseñas).
[4] Pedro Lemebel, *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*, Santiago de Chile, Cuarto Propio (Serie Narrativa), 1995 (2ª ed. 1997). Esta obra ha sido publicada también en Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral (Col. Biblioteca Breve), 2001.*Loco afán. Crónicas de Sidario*, Santiago de Chile, LOM Ediciones (Col. Entre Mares), 1996. En España existe una edición de estas crónicas en Barcelona, Anagrama (Col. Contraseñas), 2000. *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales*, Santiago de Chile, LOM Ediciones (Col. Entre Mares), 1998. *Zanjón de la Aguada*, Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral (Col. Biblioteca Breve), 2003. *Adiós Mariquita linda*, Santiago de Chile, Sudamericana (Col. Señales), 2004. Recientemente este título ha sido editado en España, Barcelona, Mondadori, 2006, aunque en este caso el concepto visual de la portada no pertenece a Pedro Lemebel sino a Guillermo Tejeda, una imagen que le sirvió también para ilustrar uno de los «artefactos» de Nicanor Parra.
[5] Carlos Monsiváis, “Pedro Lemebel: El amargo, relamido y brillante frenesí”, en Pedro Lemebel, *La esquina es mi corazón*, Santiago de Chile, Planeta Chilena. Seix Barral, *op. cit*., p. 9. En la publicación original de esta obra -Cuarto Propio-, tanto en la edición de 1995 como en la de 1997, no figura prólogo alguno.
[6] *Vid*. José Gobello, *Letras de tango. Selección (1897-1981)*, Buenos Aires, Centro Editor de Cultura Argentina, 1999, pp. 273-275.
[7] En este trabajo citaremos siempre por la primera edición, aunque cabe destacar que, a diferencia de otros volúmenes de crónicas y de su novela, esta obra no ha sido reeditada hasta el momento.
[8] *Performance* de Pedro Lemebel y fotografía de Paz Errázuriz.
[9] Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*, 11ª ed., Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1995. Esta obra fue publicada originalmente por Santiago de Chile, Empresa Ercilla, S.A., 1940.
[10] Gabriela Mistral, “Contadores de patrias”, Prólogo a Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*, *op. cit*., p. 9. Este texto aparece fechado el 27 de febrero de 1941, en Petrópolis -Brasil-.
[11] El himno nacional de Chile, versión de 1847 que ha llegado hasta nuestros días, letra de Bernardo Vera y Pintado y Eusebio Lillo, con música de Ramón Carnicer, comienza así: “Puro Chile, es tu cielo azulado, / puras brisas te cruzan también, / y tu campo de flores bordado / es la copia feliz del Edén”. *Vid*. “Himno Nacional de Chile”, 22 agosto 2006 <http://es.wikipedia.org/wiki/Himno_Nacional_de_Chile#Letra>.
[12] Gabriela Mistral, “Contadores de patrias”, en *op. cit*., pp. 15-16.
[13] Tomás Moulian, “Páramo del ciudadano”, en *Chile actual: Anatomía de un mito*, 7ª ed., Santiago de Chile, LOM Ediciones /ARCIS Universidad (Col. Sin Norte. Serie Punto de Fuga), 1997, pp. 31-32.
[14] Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Libros Perfil, S.A., 1999, p. 15.
[15] Pedro Lemebel, “Entrevista a Pedro Lemebel: Géneros bastardos”,

en *Textos profanos*, 1, Santiago de Chile, Cuarto Propio, noviembre de 1997, p. 2. *Textos profanos* es un pequeño boletín de la Editorial Cuarto Propio que da cuenta de algunas de las novedades publicadas por esta editorial y, aunque la entrevista no aparece firmada, el editor de dicho boletín es Marcelo Mellado. Junto a la entrevista figura también la crónica "Carmen Gloria Quintana (una página quemada en la Feria del Libro)" que, posteriormente, Pedro Lemebel recogerá en *De perlas y cicatrices*, *op. cit.*, pp. 88-89.

[16] Pedro Lemebel, "A modo de presentación", en *De perlas y cicatrices*, *op. cit*., p. 6.

[17] A propósito de este registro discursivo resulta imprescindible destacar algunos de los trabajos críticos que se han dedicado a analizar este género, desde las crónicas modernistas hasta la actualidad: Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1983; Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era, 1998; Julio Ramos,*Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2003; Susana Rotker, *Fundación de una nueva escritura: Las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992. En este sentido, véase también nuestro estudio, un recorrido por dicha forma discursiva para enfatizar que lo que hoy entendemos por crónica -discurso íntimo, a medio camino entre la literatura y el periodismo, entre la prosa y la poesía- es un género que desde el siglo XIX se proyecta con total vigencia hacia el siglo XXI: Ángeles Mateo del Pino, "Crónica y fin de siglo en Hispanoamérica (Del siglo XIX al XXI)", en *Revista Chilena de Literatura*, 59, noviembre 2001, pp. 13-40. Igualmente conviene citar las reflexiones que sobre la práctica de la crónica han llevado a cabo algunos autores como Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, entre otros, recogidas por Ignacio Corona y Beth E. Jörgensen (eds.), *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*, New York, State University of New York Press, 2002.

[18] Ángeles Mateo del Pino, "Cronista y malabarista... (Entrevista a Pedro Lemebel)", en Revista *Cyber Humanitatis*, 20, primavera de 2001 <http://www.uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/cyber/cyber20/entrev2.html>. Esta entrevista ha sido recogida, con una introducción, en la revista canaria de literatura *La Plazuela de las letras*, 3, segunda época, Las Palmas de Gran Canaria, junio de 2003, pp. 70-72. En este número se incluyen también la crónica "El último beso de Loba Lamar (crespones de seda en mi despedida... por favor)" y "Manifiesto (hablo por mi diferencia)", pp. 13-15 y 52-54. Ambos textos pertenecen al libro *Loco afán. Crónicas de Sidario*, *op. cit*, pp. 41-48 y 83-90.

[19] Pedro Lemebel, "A modo de presentación", en *op. cit*., p. 5. El autor vuelve a insistir, al final del libro, en el hecho de que "todas estas crónicas fueron difundidas por Radio Tierra y algunas publicadas en la revista *Punto Final*", *vid*. p. 219.

[20] Pedro Lemebel, "Entrevista a Pedro Lemebel: Géneros bastardos", en *Textos profanos*, *ibidem*. Las cursivas con negritas son nuestras.

[21] Pedro Lemebel, *ibidem*.

[22] Pedro Lemebel, "Solos en la madrugada (o el pequeño delincuente que

soñaba ser feliz)", pp. 147-148.
[23] **Copucha**. Información o noticia que se propala en forma exagerada y maliciosa con el propósito de producir expectación // Divulgación de algo que se mantiene en reserva hasta ese momento. *Vid*., Academia Chilena, Instituto de Chile, *Diccionario del habla chilena*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1978, p. 81.
[24] **Pelambre**. Murmuración // Crítica mal intencionada. *Vid*., *Diccionario del habla chilena, op. cit.*, p. 165.
[25] **Chamullo**. Enredo, mentira // Expresión confusa e incomprensible. *Vid*.,*Diccionario del habla chilena, op. cit.*, p. 86.
[26] Pedro Lemebel, "Las orquídeas negras de Mariana Callejas (o el Centro Cultural de la Dina)", pp. 14-15.
[27] Uno de los crímenes más despiadados de la disuelta Dirección Nacional de Inteligencia [DINA] fue el asesinato del ex-canciller chileno Orlando Letelier y su secretaría Ronny Moffit en pleno barrio diplomático de la capital de Estados Unidos. El 21 de septiembre de 1976, una bomba instalada en el auto de Letelier, por el agente de ese organismo Michael Townley -esposo de Mariana Callejas-, terminó con la vida del ex-canciller de Allende y dio inicio a un largo proceso judicial que culminó en 1995 con la condena de Manuel Contreras y Pedro Espinoza. Para conocer más detalles sobre este suceso véase la página de Derechos Humanos, "Caso Letelier", 24 agosto 2006 <http://www.primeralinea.cl/site/c_documentos/doc_ind_derechoshumanos.html>
.
[28] **Yeta**. Lunf. Influjo maléfico // Suerte adversa. Del ital. merid. **jettadura**. Influjo maléfico (incorporado ya al ital. general). *Vid*., José Gobello, *Diccionario lunfardo*, 4ª ed., Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1982, p. 230.
[29] Lina Vera Lamperein, "Literatura femenina actual (1970-1990)", en *Presencia femenina en la literatura nacional. Una trayectoria apasionante 1750-1991*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 1994, p. 191.
[30] Para ejemplificar esta idea, creemos conveniente recalcar la importancia que, en este sentido, adquieren las siguientes crónicas: "La leva (o la noche fatal para una chica de la moda)", pp. 36-38. "La Quintrala de Cumpeo (o Raquel, la soberbia hecha mujer)", pp. 48-50. "Don Francisco (o la virgen obesa de la TV)", pp. 51-53. "El romance musical de los sesenta (o los dientes postizos de la Nueva Ola)", pp. 54-55.
[31] Pedro Lemebel, "La sinfonía chillona de las candidaturas (o todos alguna vez fuimos jóvenes idealistas)", p. 208.
[32] Pedro Lemebel, "La visita de la Thatcher (o el vahído de la vieja dama)", p. 20.
[33] Pedro Lemebel, "Don Francisco (o la virgen obesa de la TV)", pp. 51-53.
[34] Carlos Monsiváis, "Pedro Lemebel: el amargo, relamido y brillante frenesí", en Pedro Lemebel, *La esquina es mi corazón*, *op. cit*., p. 18.
[35] **Quiltro**. (voz mapuche) Perro ordinario // Dícese del individuo despreciable y de ninguna importancia. *Vid*., *Diccionario del habla chilena, op. cit.*, p. 192.
[36] La cita de José Joaquín Blanco pertenece a la crónica "Ojos que da pánico soñar", dedicada a Carlos Monsiváis. Este texto se publicó en *Sábado*, el 17 de

marzo de 1979, y luego en los *Cuadernos Magnus Hirschfeld*, pero se recoge también en José Joaquín Blanco, *Función de medianoche*. *Ensayos de literatura cotidiana*, 7ª reimpresión, México D.F., Ediciones Era, 1997 (1ª ed. 1981), p. 185.

[37] Pedro Lemebel, "Manifiesto (hablo por mi diferencia)", en *Loco afán. Crónicas de sidario*, *op. cit*., pp. 83-84. Cito por la primera edición. Este texto fue leído por Pedro Lemebel como intervención en un acto político de la izquierda, en Santiago de Chile, septiembre de 1986.

[38] José Joaquín Blanco, "Ojos que da pánico soñar", en *Función de medianoche*, *op. cit*., p. 185. De este fragmento extrae Pedro Lemebel la cita con la que, a manera de apertura, inicia la serie de crónicas "Quiltra lunera". *Vid*., *De perlas y cicatrices*,p. 143.

[39] Pedro Lemebel, "La ciudad con terno nuevo (o un extraño en el paraíso)", p. 183.

[40] Pedro Lemebel, "La loca del carrito (o el trazo casual de un peregrino frenesí)", p. 145.

[41] "Arréglate Juana Rosa" es una cueca -típica composición musical chilena- de Violeta Parra, que comienza así: "Arréglate Juana Rosa / que llegó una invitación / mañana trillan a yegua / en la casa de Asunción / te ponís la bata nueva / en cada trenza una flor / tenís que andar buena moza / por si picái moscardón. *Vid*. "La ciber-fonda. Cancionero tradicional", 24 agosto 2006 <http://www.lacuarta.cl/sitios/fonda2000/cancionero/cancionero8.html>.

[42] Pedro Lemebel, "El cumpleaños de Ricacho Polvorín", p. 159.

[43] Pedro Lemebel, "El Bim Bam Bum (o cascadas de marabú en la calle Huérfanos)", p. 75.

[44] Pedro Lemebel, "Miriam Hernández (o una canción de amor en la ventana del bloque)", pp. 66 y 68.

[45] Pedro Lemebel, "Los sombreros de La Piñeiro", p. 26.

[46] Pedro Lemebel, "El cura de la tele (olor a azufre en la sacristía)", p. 18. La cursiva es nuestra, pues Pedro Lemebel -y nosotros también lo hacemos- parodia expresamente el himno nacional chileno. *Vid*. nota 10.

[47] Pedro Lemebel, "La historia de Margarito", p. 151.

[48] Pedro Lemebel, "Las Amazonas de la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén", pp. 155-156.

[49] Pedro Lemebel, "Tu voz existe (o el débil quejido de la radio A.M.)", p. 205.

[50] Pedro Lemebel, "Las floristas de La Pérgola", p. 213.

[51] Pedro Lemebel, "Carmen Gloria Quintana (o una página quemada en la feria del libro)", p. 89.

[52] Benjamín Subercaseaux, "El país de la montaña nevada. II. Donde Santiago se defiende para que no sepan lo que es", en *Chile o una loca geografía*, *op. cit*., pp. 87-91.

[53] A propósito véase la crónica de Pedro Lemebel "El río Mapocho (o el Sena de Santiago, pero con sauces)", pp. 119-120.

[54] Víctor Jara, "En el río Mapocho", de su álbum *La población*, 1972. *Vid*. 22 agosto 2006 <www.angelfire.com/sd/par/victor/mapocho.html>.

[55] Darío Oses, "Nueva narrativa: ¿entre la insurrección y la línea de montaje?", en Karl Kohut y José Morales Saravia (eds.), *Literatura chilena hoy. La difícil*

transición, Madrid/Frankfurt am Main, Editorial Iberoamericana/Vervuert Verlag, 2002, pp. 225 y 228. Actas del Simposio, “Literatura chilena hoy. La difícil transición”, celebrado del 24 al 27 de febrero de 1999.
[56] Pedro Lemebel, “Palmenia Pizarro (o el regreso del «Cariño malo»)”, p. 33.
[57] Pedro Lemebel, *ibidem*, p. 34.
[58] Al respecto, véase la crónica “Don Francisco (o la virgen obesa de la TV)”, de la cual ofrecemos un largo fragmento que corresponde a la nota 32.
[59] Pedro Lemebel, *ibidem*, p. 34. La cursiva es nuestra. Con respecto a *yeta*, véase la nota nº 27.
[60] Vals peruano conocido como “Ódiame”. Véase el vals completo en la página de música peruana del *Boletín de New York*, 23 agosto 2006 <http://www.boletindenewyork.com/vals.O.htm>. Música de Rafael Otero López. Letra basada en el poema “Último ruego” del escritor peruano Federico Barreto (1868-1929). Recojo el poema original para que se aprecien las similitudes y las diferencias con la canción: Ódiame por piedad, yo te lo pido… / ¡Ódiame sin medida ni clemencia! / Más vale el odio que la indiferencia. / El rencor hiere menos que el olvido. // Yo quedaré, si me odias, convencido, / de que otra vez fue mía tu existencia. / Más vale el odio a la indiferencia. / ¡Nadie aborrece sin haber querido! *Vid*. Blanca Orozco de Mateos,*Palabra virtual. Antología de poesía hispanoamericana*, 23 agosto 2006 <http://palabravirtual.com/index.php?ir=ver_poema1.php&pid=8622>.